

Editorial

Vivimos una época de pasiones tristes, desigualdades solitarias, intereses corporativos por encima de derechos individuales, libertades económicas sin límites para muy pocos y precariedad laboral y deterioro de libertades civiles y políticas para las grandes mayorías; procesos que transcurren entre el consumo lúdico-libidinal de masas y la atomización social, entre los peligros de las derechas extremas, los fundamentalismos y la destrucción de los valores humanistas, entre la apología del goce inmediato y el agotamiento de los placeres, entre el ecologismo y el consumo ilimitado de bienes no durables, entre la circulación algorítmica de datos y la desinformación.

Sabemos, por otro lado, que el acceso a información de calidad, chequeada y apegada a los datos es requisito para la formación de una opinión pública autónoma, indispensable en el funcionamiento de las democracias. Sin embargo, según una encuesta realizada por la UNESCO en 45 países y dada a conocer el pasado noviembre, el 62% de los creadores de contenido digital no puede garantizar la fiabilidad de los contenidos que circula, y muchos reconocen que aun cuando saben que la información es falsa, la publican igual. Dato por demás preocupante cuando las redes sociales se han convertido en el principal medio de información, cuando no el único, especialmente en la población más joven.

Si a ello le sumamos que las plataformas tecnológicas son propiedad de unos pocos magnates que no solo extraen valor económico de los datos que producen, sino que a través de los algoritmos tienen la capacidad de moldear la opinión y el comportamiento humano, influyendo en campañas electorales y en la dirección de las políticas públicas, entonces tenemos razones para tener escepticismo sobre el futuro de la democracia.

El remedio para que las democracias no se vacíen de sentido y se reduzcan sólo a un método para elegir gobernantes es “volver a una visión humanista de la educación”, que incida en los distintos planos de las dinámicas sociales y de la vida de las personas, y aporte capacidad de reflexión y pensamiento crítico para el ejercicio de una ciudadanía activa. Ello conlleva- como ya viene señalando Morin desde hace más de tres décadas- repensar las humanidades, para salir de

su fragmentación mutilante y reductora de la complejidad humana, hacia una convergencia de saberes, en los que se priorice el conocimiento por sobre la información y el pensamiento sobre el conocimiento.

Este número da cuenta de algunos de los debates de este presente complejo, en el que se tambalean como nunca antes desde la II Guerra Mundial, los consensos sobre derechos humanos que la Humanidad había alcanzado. En ese sentido, el artículo de Hernán Videla “Epistemes feministas en la genealogía historiográfica en Joan W. Scott: una crítica sobre sus políticas narrativas contemporáneas”, se concentra en el legado de esta autora en relación con la noción de género, que ha constituido una de las anomalías estructurales de los humanismos desde la Revolución Francesa en adelante. Su contribución a la demarcación de este concepto desde un enfoque postestructuralista, permitió encuadrarlo en el análisis histórico, aportando a la comprensión del mismo como una construcción dinámica y culturalmente condicionada. El autor también destaca el debate sobre la paridad, que es tema del último libro de Scott, y se constituye en uno de los pilares de la teoría política feminista.

Seguidamente, Magdalena Napolitano en su artículo “Los discursos políticos de la India y Pakistán sobre del conflicto en Jammu y Cachemira” aporta luz sobre esta larga y compleja disputa, a partir de un análisis de los discursos políticos de India y Pakistán destacando los elementos, recursos y estrategias que cada país utiliza para construir sus narrativas, las cuales han influido en la percepción pública del conflicto, aportando evidencia de cómo el acceso a la información es fundamental para la autonomía de la opinión pública.

Por su parte, Pedro Lacour en su contribución “Tecnología, cultura y poder: un diálogo entre la cosmotécnica de Yuk Hui y la silicolonización del mundo de Eric Sadin”, en un ensayo de corte teórico, pone en relación ambos autores desde una perspectiva crítica-comparativa, para comprender las vinculaciones que los mismos realizan entre tecnología, cultura y poder, y sintetiza los aportes de cada autor al debate contemporáneo.

Cierra el número El desván de las reseñas que, precisamente, está dedicado a uno de los autores que trata el artículo de Lacour: *Fragmentar el futuro* del

filósofo chino Yuk Hui, quien aboga por un pluralismo técnico-cultural que reconoce la conexión entre tecnología y cosmologías locales.

Para finalizar, quiero hacer un expreso homenaje al querido amigo Andràs Biro, quien nos dejó el 18 de junio pasado. Era de esos amigos que, a pesar de su avanzada edad, creía no se iba a ir nunca. De hecho, había planeado este año un viaje a Budapest, sin pensar que podía no encontrarlo. Lastimosamente, llegué diez días después de su partida. Lo recordé recorriendo su bella ciudad, y visitando las placas de homenaje a la revolución húngara de 1956, de la que fue activo participante, frente al Parlamento.

En el libro "Yo era comunista", que vio la luz este año apenas meses antes de su partida -y espero ansiosamente que se traduzca del húngaro para poder leerlo-, logró explicar las razones por las cuales se alejó de ese partido al que se había enrolado para luchar contra el Nazismo, pero las derivas del estalinismo lo hicieron también oponerse al totalitarismo soviético.

Con treinta y un años y enarbolando las banderas de libertad, autonomía y derechos humanos, se exilió en París, donde forjó una sólida amistad con Edgar Morin y Claude Léfort, entre otros. Fue periodista de Le Monde, llevó a cabo proyectos humanitarios en varios países del continente africano y en América Latina, donde tuvo una larga estancia en México. Regresó a su país en 1986. Allí protagonizó una activa lucha por los derechos del pueblo gitano en La Fundación Húngara para la Autosuficiencia, que le valió obtener el Right Livelihood Award (también conocido como Premio Nóbel alternativo) a los Derechos Humanos en 1995.

Me cuesta mucho decir adiós, por el afecto y por el significado individual y colectivo de un luchador como Andràs, por ser parte de una generación que enalteció los derechos humanos y abogó por una democracia sustantiva. Y porque me produce desazón, cuando no abundan, despedir a un gran humanista.

María Elena Martín